

sas, en que el cumplimiento del deber es un sacrificio y á veces un heroísmo. Entónces comprenderá V, la necesidad de un freno poderoso, de un freno que sea algo más que consideraciones puramente terrenas (1)

---

[1] Cartas á un escéptico. XIV.

## LIBRO SEGUNDO.

DE LA INCREDELIDAD  
PROCEDENTE DE LAS IMPERFECCIONES DEL ESPÍRITU.

## CAPITULO PRIMERO.

DE LA CONSTITUCION INTELCTUAL,  
CONSIDERADA COMO FUENTE DE PREOCUPACIONES  
CONTRA LA FE.

La fé, segun hemos visto y sienta Santo Tomás, es un *acto de la inteligencia*; pero un acto prescrito por la voluntad. Como todos los actos humanos implica este esencialmente la *libertad* y el conocimiento. Si nos hemos ocupado de los obstáculos creados á la *libertad* por la pasion, antes de hablar de las nieblas difundidas sobre su *conocimiento* por las imperfecciones intelectuales es por haber tenido en cuenta que por punto general, lo que más altera los espíritus son las extravagancias de la voluntad. Para

combatir la incredulidad, hemos seguido el mismo órden que ella sigue para formarse.

El primer argumento que dirige la razon á las inteligencias rebeldes, se reduce por lo tanto constantemente á la juiciosa observacion de Labruyere. «Quisiera encontrar un hombre que siendo sóbrio, moderado, casto, recto, sostuviera que no hay Dios. siquiera ese hombre no hablaría por interés ó movido á impulsos de la passion; mas ello es que tal hombre no existe (1).

Anticipándose extraordinariamente á todos los moralistas, el sublime autor de la verdad cristiana habia abierto este venero apologético por medio de palabras inmortales: «Los hombres han preferido las tinieblas á la luz, porque sus obras son perversas (2).» «Quien sigue la verdad, encuentra la luz (3).»

No se olvide sin embargo, que si el abuso de la libertad es un principio dominante en los extravíos del espíritu, las imperfecciones de este turcen su rectitud y tienen una parte muy importante en sus errores.

(1) Caracteres óap. 16

(2) San Juan, III.

(3) Id 21.

Al penetrar en este terreno nos encontraremos con una objecion muy especiosa. Cuando instruimos el proceso á las pasiones que suscita la ignorancia, encontramos al hombre en flagrante delito de oposicion á su conciencia, y tenemos derecho para obligarle á marchar por la vía recta; mas cuando la incredulidad procede en él de los vicios de su constitucion intelectual parece que en vez de acusársele debe inspirar comiseracion. Dar á la incredulidad semejante origen, ¿no vale tanto como absolverla? ¿Lo que no es más que desgracia de nacimiento, debe convertirse en motivo de responsabilidad? En otros términos, si la justicia divina alcanza al pecado, ¿ha de acoiteer lo propio con el error?

Question es esta que porque se haya debatido hasta la saciedad, debe dejarse abandonada, cuando conviene explorarla en todas sus faces para la completa inteligencia del asunto. Desde luego debemos decir que no vacilamos en dejar consignado que las imperfecciones intelectuales de un hombre proceden únicamente de su organizacion, sin que haya podido corregirlos ni por los medios naturales ni por los sobrenaturales que estan á su alcance, Dios no le castigará por lo que ignora. Creo haberlo dicho ya; nadie pue-

de ser castigado por la religion por haber caido en desgracia de la Providencia.

Los espíritus de esta clase tienen sin disputa alguna el derecho de reivindicar en provecho propio, todos los beneficios de la decision doctrinal dirigida á los obispos de Italia por carta de Pio IX. «Nos sabemos y sabeis vosotros, les dice, que los que ignoran nuestra santisima religion y observan cuidadosamente la ley natural y sus principios grabados por Dios en el corazon de todos, y, dispuestos á obedecer á Dios, llevan una vida recta y honrada, pueden, con auxilio de la luz y de la divina gracia alcanzar la vida eterna, porque Dios, para quien nada hay oculto, escudriña y conoce los espíritus, las almas los pensamientos y las inclinaciones de todos, y no permite en su soberana bondad y clemencia, que el que no es culpable por falta voluntaria, sea castigado con las penas eternas (1).»

Segun esta doctrina prudente y afectuosamente liberal, no existiendo falta de parte del hombre, no debe temerse castigo de parte de Dios. Castigar la incredulidad que proviene de

(1) 10 de Agosto.

imperfeccion intelectual, sería tan injusto como castigar al tuerto ó al miope porque no ven con la perfeccion que el resto de la especie. Entónces, ¿por qué pretendemos, al parecer, acriminar en este capítulo determinadas debilidades del espíritu? Y sobre todo, ¿por qué tratamos de explicar, por medio de esas debilidades, el origen de la incredulidad en un buen número de incrédulos? Muchas son las contestaciones que á esa doble pregunta podemos dar.

No puede dudarse que probando que la incredulidad resulta frecuentemente de una deformidad intelectual, nada se prueba contra aquellos que padecen semejante imperfeccion, pero se hace mucho en favor de los que toman á estos por guías y se presta un gran servicio destruyendo la autoridad de tales oráculos.

De seguro que aun cuando nuestra voz fuese más autorizada, no conseguiríamos que el más insignificante incrédulo desconfiara de su juicio por causa de incapacidad. ¿Qué espíritu existe grande ó pequeño, que sea desinteresado hasta el punto de pensar mal de sí mismo?

Mas aquí, no tanto se trata de curar á los incrédulos, como de destruir su influencia. Enseñar á la humanidad que la mayoría de los blasfemos contempla el cielo con un telescopio que

produce imágenes inexactas, es enseñarle á ponerse en guardia contra los mismos y establecer un contrapeso á la autoridad del blasfemo.

Tal es la elevada utilidad resultante de oponer en evidencia los puntos vulnerables de la armadura en que se abroquelan los grandes adversarios de la fé. Y todavía existen otros motivos que ponen de relieve esta misma utilidad. Los vicios de temperamento intelectual, ménos que de propension fatal, proceden muchas veces de mala direccion impresa al espíritu por la voluntad. En vano se pretenderia eximirlos de culpabilidad so pretexto de que son innatos, pueden ser combatidos ó adquiridos por la direccion comunicada al pensamiento, porque hay debilidades y propensiones enfermizas del espíritu como del cuerpo. A veces son resultado de la naturaleza, otras provienen de higiene defectuosa y del libertinaje. Solo en el órden intelectual el régimen insalubre ocasiona raquitismos y singularidades ménos perceptibles. Sea como quiera, tales anomalías se imputan con harta injusticia á la fé, todavez que la prueban, al poner en evidencia que el espíritu humano casi nunca abandona el camino de la verdad, mientras no ha perdido su estado de salud.

Digamos pues, para desvanecer los escrúpulos

los de los libres pensadores, y sobre todo para quitarles todo peligroso prestigio, que aun cuando la incredulidad proceda de una voluntad recta, puede venir y viene de una inteligencia indigna de confianza. ¿Qué importa que una inteligencia sea elevada si se halla desprovista de rectitud?

Ahora bien, la mayor parte de los hombres sin creencias, carecen de rectitud á consecuencia de un vicio radical, que así podria llamarse de situacion como de conformacion. En el número de estos ciegos que no se dan cuenta de serlo, pueden colocarse muchos espíritus cuyos más notables ejemplares, siquiera bajo la forma de bien determinadas siluetas, se han ofrecido sucesivamente á nuestras miradas.

Los sábios, que no lo son en materia de religion, y que leyendo de corrido en el gran libro de la naturaleza, desde las entrañas de la tierra hasta más allá del sol, solo logran balbuir la primera página del catecismo; no son más que seres que ven á medias, por lo mismo que á fuerza de vivir en los laboratorios de la materia, pierden el sentido de las verdades impalpables y sobrenaturales.

Los espíritus falsos que se dejan impresionar ménos por lo que es sencillamente verdadero,

que por lo que es singular, y que sacrifican voluntariamente, el buen sentido al sistema, á la utopia y á la novedad.

Los espíritus escépticos por naturaleza, que vacilando sobre todo, no sabrían ser afirmativos en esto, y que prácticos á veces en sostener el pro y el contra, caen en el pirronismo, impulsado por una especie de falsa elegancia y *dandysmo* intelectual.

Los espíritus prevenidos contra la verdad por influencias de familias, de educacion, de posicion social, y que solo son irreligiosos en virtud del trato intelectual que sostienen con malas compañías.

Los espíritus desequilibrados que tienen demasiada imaginacion ó poco corazon, y en los cuales la facultad de comprender y la de sentir no forman un todo armónico.

Los espíritus ambiciosos ó absolutos que no reconocen ni siquiera en Dios el derecho de fijarles límites, y que estipulan *á priori* en su favor, el derecho de comprenderlo todo en religion, como si no estuviesen en manera alguna condenados á ignorar siempre mucho en materias científicas.

Los espíritus perezosos, que por melancolía se dejan arrastrar á la incredulidad, y que á

fuerza de difundir lo negro en todas partes, hasta sobre la luz del cielo, en la alianza de un juicio pesimista con una conciencia cobarde, encuentran razones suficientes para maldecir de los hombres y blasfemar de Dios.

Finalmente, los espíritus disipados, harto descuidados de sí mismos para conocer sus necesidades y aspiraciones.

¡Quién es capaz de enumerar todos los falsos juicios producidos por el temperamento intelectual! Suponiendo que en un momento dado la tierra fuese poblada únicamente de inteligencias sanas, las preocupaciones contra la verdad quedarían reducidas por este mero hecho á proporciones difíciles de imaginar. No reclamemos semejante milagro de la Providencia. Lo hemos hecho notar explicando la dificultad de creer: el fenómeno de la incredulidad no es más sorprendente que el de la locura. Dios consiente que la naturaleza y la libertad sigan su curso, siquiera sus extravíos deban dar como resultado verdaderas monstruosidades. Sometiendo este desorden aparente á las leyes de este orden sublime, el hombre es solo responsable de sus faltas, y recibirá la recompensa debida á las desgracias que experimenta.

Vamos, pues, á poner de mar ifiesto en este libro, que cuanto más se acerca el espíritu humano á su estado de perfeccion, más simpatiza con la fé; y por el contrario, que la mayor parte de los errores resulta de una enfermedad nativa ó accidental de la inteligencia. Con todo, urge recordar, que para el hombre que va en pos de la investigacion de las verdades divinas, no todo se reduce á una mera cuestion de rectitud ó penetracion. La fé no se adquiere solamente por medio de una simple elaboracion teórica. Como pertenece al orden sobrenatural, solo puede resultar de un agente sobrenatural combinado con el libre concurso de la naturaleza, es decir, de la gracia que se nos ha concedido, secundada por un esfuerzo de la voluntad. Por esto, cuando Montaigne dijo: «es indispensable acompañar nuestra fé con nuestra razon,» apresuróse á añadir: «bien que teniendo en cuenta que la fé no depende de nosotros, y que nuestros esfuerzos y argumentos no pueden por sí solo alcanzar una ciencia tan sobrenatural y divina (1).»

Esta doctrina no data de hoy. «Por vuestra parte,—decia al filósofo Justino, que aspiraba á

---

(1) Ensayos lib. XII.

conocer la verdad, el anciano que le instruía en las enseñanzas del Evangelio,—rogad á fin de que os sean franqueadas las puertas de la luz, puesto que nadie puede ver y comprender tales cosas, si Dios y su Cristo no le conceden la necesaria inteligencia (1).

Justino, no obstante ser filósofo, siguió dicho consejo; no juzgó indigno de su razon doblar la rodilla, y vióse recompensado por una firmeza en sus creencias, que más adelante debia sellar vertiendo su propia sangre. Antes de recorrer las páginas que siguen, procure el lector incrédulo imitar tan noble ejemplo. Para alcanzar las luces de la fé, no basta permanecer con la frente inclinada sobre los libros, es menester desviarla de ellos, para elevar de cuando en cuando las miradas al cielo.

«Si hay quien sostenga, dice el segundo concilio de Orange, que el principio de la fé, lo mismo que su acrecentamiento, son en nosotros resultado de un movimiento natural, y en manera alguna inspiracion del Espíritu Santo, procede de un modo contrario á los dogmas apostólicos. El biennaventurado Pablo ha escrito: «La gra;

---

(1) Diálogo con Triphon n. 7.

cia os ha salvado por medio de la fé, y esta no procede de vosotros, sino que es un don de Dios (1)."

Con todo, la naturaleza puede ofrecer al trabajo de la gracia elementos más ó ménos dignos de ser elevados á la fé sobrenatural, y de aquí que sea conveniente describir las disposiciones intelectuales que, ordinariamente, crean obstáculos á la accion de Dios.

---

(1) Efeso 2 8.

## CAPITULO II.

---

### SEMI-CIENCIA RELIGIOSA DE LOS SABIOS IRRELIGIOSOS.

Dificultad, y no de poca monta, es persuadir á ciertos sábios de que no lo son tanto como se figuran, pero todavía es mas árdua la de vencer al vulgo de que, en materia de teología, es más competente un pobre cura de aldea que el más consumado académico. Y sin embargo, la verdad es que son muchas las celebridades contemporáneas á las cuales ha podido dar grandes lecciones, el modesto padre Gorini, siendo párroco de una aldea de treiscientas almas (1).

---

(1) Defensa de la Iglesia contra los errores históricos.



Que son muchos los hombres graves é ins- truidos que viven y mueren en abierta hostili- dad contra la religion sin conocerla, es un he- cho y al par uno de los más tristes misterios del mundo moral; misterio que no porque sea harto frecuentemente se ha deplorado hasta el punto que merece serlo, y debería serlo tanto más, cuanto que si un sábio se equivoca sobre las verdades religiosas, jamás redundan la equi- vocacion en su provecho. Semejante observa- cion es desconsoladora para aquellos que, como nosotros, quisieran siempre defender la buena fé de aquellos cuyos errores vense forzados á ata- car.

Para que nuestra sociedad pudiese compren- der la que le hace falta, sería menester que conociera hasta un punto determinado la ciencia religiosa. La prueba de lo que ignoramos, exis- te las más veces en lo que tenemos la preten- sion de saber. Ahora bien, las pretensiones ba- jo este concepto son immoderadas, precisamente por lo muy profundo de la ignorancia. Lo que falta á muchos incrédulos, no son precisamente conocimientos, sino el conocimiento de lo que niegan.

Presumen que solo puede creerse mediante la aplicacion del principio "cierra los ojos y ve,

rás (1)» y sin embargo procediendo de esta suer- te son víctimas de una vana ilusion, puesto que son muchos los sábios que han creído despues de haber examinado; y ellos mismos para creer, no necesitarian más que examinar con algun ma- yor detenimiento. Un poco de teología les apar- ta de Dios; mucha les volveria á su lado. Mon- taigne tiene un pensamiento que expresa más pintorescamente la propia verdad. «Acontece á los sábios, dice, lo que á las espigas: crecen y se elevan con la cabeza erguida mientras están vacías; pero á medida que van llenándose é hin- chándose los granos que las forman, se inclinan y humillan, vencidas por el peso de la madu- rez (2)»

La ignorancia de nuestros adversarios, no siempre implica en ellos ausencia completa de cultura religiosa; lo único que revela es que han estudiado la religion de una manera desordena- da, á medida que la han habido menester, segun las corrientes de la polémica cotidiana y sin proceder de lo conocido á lo desconocido. ¡Qué

(1) Joubert, Pensamientos.

(2) Esayes, lib. II, cap. 46.

resulta de este método? Que nunca llegan á poseer con verdadera perfeccion y claridad lo que han estudiado confusa é incompletamente. Pueden en su espíritu los materiales para el edificio, mas no el edificio en sí. Ahora bien, materiales sin armonía arquitectónica no son más que ruinas, segun sea la disposición que se les dé, puédesse con las mismas piedras construir el Partenon, ó reproducir la imagen del caos. Imagine seun hombre que cada mes estudiase una de los teoremas de Legendre sin levantar la cabeza del libro; este hombre podría acabar por saber geometría; pero de seguro jamás serie un geómetra. Imagínese un constructor que quisiera sentar los últimos sillares de una torre sin haber sentado los precedentes, y por mas que se esforzara, no llegaría á levantar el edificio. Pues esto es lo que les acontece á nuestros teólogos profanos, que se sorprenden al ver que la verdad religiosa se desvanece en su espíritu, al paso que más se esfuerzan para levantarla en él, y por cierto que la sorpresa es peregrina; puesto que mal puede elevarse, cuando no existad bases en que cimentarla.

Y no solo no han estudiado dichos hombres la religion con el orden indispensable, sino que tal vez lo que de ella saben, ha llegado á su no-

ticia de rechazo, es decir, por las objeciones, mejor que por las luminosas exposiciones de sus apologistas; es decir, como monumento del cual, con haber visto únicamente la parte posterior, se aventurarán á criticar la armonía del conjunto y los detalles de la fachada. San Pedro de Rome visto desde ciertos patios del Vaticano, circéese solamente como un grandioso montón de cúpulas y de estátuas; mas contemplado desde el punto de vista necesario y á conveniente distancia, revela una maravilla del arte. Es decir que para ver como debe verse, no basta con tener ojos, pues se necesita además estar debidamente colocado.

Mas ¿qué podemos añadir á lo que llevamos escrito relativamente á la autoridad comparada de los creyentes y de los incrédulos, desde el punto de vista de la competencia teológica? Nada más que hechos que vendrán á confirmar nuestras observaciones. Podría llenarse una biblioteca con las citas falsas, con las suposiciones gratuitas, con las interpretaciones viciosas, con los asertos vanos que sirven de base á los diferentes sistemas opuestos al cristianismo por la incredulidad sabia. Voltaire, citando una autoridad persa, confunde el título del libro con el nombre del autor. El espíritu satírico de la época

ca recordó á este propósito al mono de la fábula tomando el Píreo por un nombre de hombre. Posteriormente la objecion se ha presentado vestida con más cuidado y elegancia; pero cuando se la despeja de sus adornos, encuéntrase siempre en el fondo la misma ignorancia revestida de cierta fraseología científica.

Para hacer la debida justicia á todas las inexactitudes voluntarias ó inconscientes que abundan y casi constituyen el conjunto de la mayor parte de los libros contrarios á la religion, sería menester reconstruir la ciencia, la filosofía y la historia, es decir; componer una especie de enciclopedia rectificativa que no hay hombre en el mundo capaz de escribir, ni lector que tenga paciencia necesaria para leerla. Por esto nos contentaremos con tomar al acaso algunos ejemplos ó ciertas confesiones que basten á hacernos formar una idea del conjunto, en este vasto campo donde tanto abundan los descuidos, las preveniciones, las distracciones y la malevolencia. De cuando en cuando nos será forzoso habérmolas con nombres justamente ilustres, mas ¿qué remedio! «Por encima del géneo que venero, está la verdad que adoro (1).»

(1) Corinti: Introdúccion.

M. Michelet en sus buenos tiempos, cuando llamaba á la iglesia su buena madre y celebraba con voz conmovida el celibato eclesiástico, hacia reclinar la cabeza de Jesus sobre el pecho de S. Juan, á pesar del texto que dice. «Uno de sus discípulos reclinó su cabeza sobre el pecho de Jesus ( )» Mas tarde dijo á sus censores: «Os ha sucedido lo que al profeta Balaam que maldijo creyendo bendecir (2)» y la verdad es que el adivino siríaco, colocado delante del campo de Israel, bendijo cuando creía que estaba maldiciendo. En otra parte sienta el propio autor que «Moisés no logró curar al pueblo de Israel de su adúltera idolatria, hasta tanto que le hizo apurar las cenizas de la serpiente de cobre (3)» y no hay lector de la Biblia que no sepa que lo que Moisés hizo beber á su pueblo, fueron no las cenizas de la serpiente de cobre, que subsistió hasta el tiempo del rey Ezequías, y jamás fué reducida á cenizas, sino las del becerro de oro. Más adelante veremos á M. Michelet, haciendo brotar el culto á la Virgen Maria, de la imaginacion mística de San Bernardo, sin que

(1) Hist. de Francia, t. I.

(2) Los Juevas, p. 104.

(3) Hist. Rom. t. II, p. 308.

para nada tenga en cuenta los testimonios innumerables de los nueve siglos precedentes que lo hacen remontar hasta el mismo Calvario. De manera que el escritor pintoresco que ha definido la historia; una resurreccion, ha hecho de ella un ser completamente nuevo. El proceso de sus infidelidades sería tan fácil como fastidioso: lo único que podemos añadir es; que si M. Michelet ha padecido tantas equivocaciones respecto y en contra de la Iglesia, cuando la respetaba, puede fácilmente imaginarse lo que de su justicia cabe esperar en los tiempos en que ha llevado hasta el delirio su odio á la misma. Los locos furiosos están sujetos á frecuentes alucinaciones.

M. Quinet ha introducido tambien en la historia su contingente de tergiversaciones é invenciones más ó ménos voluntarias siempre en perjuicio del catolicismo. Segun él, San Pedro enseñó en el concilio de Jerusalem la necesidad de los ritos judaicos hasta para los cristianos (1). Pues bien, San Pedro dice pricisamente todo lo contrario: ¿Porqué tentais á Dios, imponiendo á sus discipulos un yugo que ni nosotros ni nues-

(1) El Cristianismo y la Revolucion, p. 87.

tros padres hemos podido sufrir (2)? Ahora bien, ¿quién debe merecernos más fé que el mismo San Pedro, tratándose de su doctrina? En tanto que Jemfroy escribia su obra: *Comment finissent les dogmes*. (De qué modo concluyen los dogmas), M. Quinet, en sus poemas de *Ahasverus* y de *Prometeo* enseñaba la manera como renacen los dogmas en cada nueva era de la humanidad. Más adelante dará tortura á la historia para que salga en apoyo de esta falsa teoría. Mas renunciemos á instruir este invetario sumarísimo de las contra-verdades antirreligiosas dadas á la luz por este fanático de la negacion. Démosnos, no obstante la satisfaccion de sentar que cuando en un debate debe juzgarse tan apasionadamente, el honor exige recusarse. Un odio movido por el deseo de ahogar en el todo al catolicismo, ¿tendria inconveniente en oprimirlo si para ello habia de cometer una injusticia?

Inmediatamente despues de los que acabamos de citar, debemos hacer mencion de otros que con razon gozan merecida fama y grande aprecio en la Europa pensadora é ilustrada, debemos advertir sin embargo, que es una coincidencia

(1) Act. xv. 2 y sigs.

no un reproche lo que vamos á manifestar. M. Ampere en su *historia literaria* y los dos Thierry en varios de sus escritos, esos hombres de un espíritu tan agradable y de una intencion tan inofensiva, han adelantado á su vez sobre los Papas y sobre los santos de los primeros siglos, juicios que lo porvenir reproducirá, áun cuando estén reñidos con la verdad, por lo mismo que el talento tiene el privilegio de inmortalizar al mismo error, cuando lo toma bajo la proteccion de su buena fé. No hay pues para qué sorprenderse de que á ejemplo de los precedentes, MM. Enrique Martín, Fauriel y otros, hayan tocado con ménos benevolencia áun, si cabe, al pasado de la Iglesia y contribuido á la corrupcion general de la verdad histórica, que, so pretexto de descubrimiento, viene realizándose de cuarenta años acá por medio del teatro, de la novela y de todos los géneros que constituyen la literatura popular. Un historiador contemporáneo refiere en el prefacio de su obra, *Diez años de estudio*, los impulsos de cólera que sentia despertarse en su corazon, cuando en los comienzos de su carrera comparaba con los originales las narraciones de Mézeray, de Villi y de d'Anquetil. Otro profundo investigador de las fuentes históricas responde á estos legítimos arrebatos de

una conciencia honrada: «Como los habria experimentado yo mismo en el exámen de los Anquetil y de los Velli modernos, si no me hubiese condenado de antemano á una impasibilidad estóica, íntimamente convencido de que los comentarios de la indignacion valen más ni ménos que los de la ignorancia (1).

Finalmente hasta el mismo M. Guizot, no obstante la serena elevacion de su espíritu, ha emitido y sostenido opiniones muy poco dignas de su reconocida equidad y del sentido profundo que le distingue en materias históricas, y á pesar de habérsele dirigido objeciones irrefutables sobre el origen de la jerarquía eclesiástica, y contra el apostolado de San Pedro en Roma [2]. Ante el espectáculo que ofrece este campo de lo pasado, plagado de cizaña por manos inexpertas ó mal intencionadas, apodérase del corazon el desaliento, ¿Qué medio existe para detener esta vasta conspiracion contra la verdad? En los errores de la historia contemporánea nótase principalmente dos corrientes singularmente temibles, injuriosa la una para los grandes hombres venerados por la Iglesia, diri-

(1) Gorini. Introduccion.

(2) Historia de la civil. en Francia.

gida la otra contra el Papado, y producto ambas de una verdadera falsificación.

«En tales libros los santos no honran mucho que digamos á la religion; pero ni siquiera á la humanidad. Este, con el propósito de convertir á un príncipe hereje, pronuncia, á lo que se dice, un panegirico del fratricidio. Aquel ensalza la piedad de una reina, que tiene buen cuidado de que esté bien provisto el harem de su nieto. Tal pontífice ha dejado perecer en su corazon atrofiado al sentimiento del bien moral; tal otro santo prelado reuníase con unas santas monjas en festines nocturnos dignos de Horacio y de Tibulo. Aquí tenemos á un ilustre rey de Francia, que hasta el presente se ha considerado como un verdadero santo, y que en todo caso, solo habria sido, como el mismo Jesucristo, un solemne esceptico. Contemplad á esos misioneros: van á evangelizar á los bárbaros; pero lo que quieren es que se preste adoracion á su orgullo. El ódio, el orgullo y la ambicion, constituyen á decir de esos escritores la trinidad del sacerdote católico.

«Pero lo que principalmente tiene el privilegio de excitar sus iras es el Papado. Tal hay que se retira delante del Papa para decirle: ¡Quién te hizo rey! Otro por el contrario se pone de rodi-

llas delante de San Pedro; mas no para adorarle, sino como á aquel soldado de Rollon que besaba el pié de Carlos el Simple, para derribarlo más fácilmente. ¿A qué siglo atribuis la aparicion del Papado en la Iglesia? ¿al primero? ¿al quinto? ¿al noveno? ¿al undécimo? No faltarán escritores que lo sostengan todo; para quienes es excelente toda explicacion del poder pontificio, excepto la que da el Evangelio, y que admitirian el establecimiento del Papa por Mahoma, pero en manera alguna procedente de Jesucristo (1).»

Tal es la exactitud de los historiadores irreligiosos. ¿Qué deberemos pensar de la de los filósofos? Sus confesiones son el testimonio más seguro de sus errores.

Maine de Biran, que desde las profundidades de la duda ha ascendido á las regiones de la luz, declara francamente su antigua ignorancia respecto de las cuestiones religiosas. Este orden de ideas estaba cerrado para él, y al presente, añade:—consignemos de nuevo este regreso y esta confesion.—“al presente solo alcanzo á distinguir verdadera ciencia allí donde antiguamen-

(1) Hist. de la civil en France,

te solo veía sueños y quimeras. Solo la religión puede resolver los problemas propuestos por la filosofía (1) ¡Cuántos serían los sábios que dirían otro tanto antes de acabar su carrera, si alcanzaran la dicha de reconocer que el hombre para creer no necesita más, por punto general, que extender sus conocimientos!

Hemos nombrado hace poco á Agustín Thierry, y por lo mismo juzgamos justo hacer mención de las nobles prendas que ha dado de sinceridad y honradez, corrigiendo uno de sus más bellos libros, conforme á las indicaciones que le hiciera un erudito desconocido. Consignemos las instructivas confidencias que vertía en el seno de una santa amistad.

«En aquel tiempo no me preocupaba gran cosa de la historia de la Iglesia. Cuando fijé en ella la atención, comprendí perfectamente que el protestantismo no podía ser en manera alguna la religión establecida por Jesucristo... Háse dicho, y es una preocupación de que he participado durante mucho tiempo, que la doctrina de la Iglesia se ha ido formando con piezas y fragmentos de aquí y de allá. La verdad

(1) Diálogo íntimo, 26 de Mayo, 26 de Junio de 1846.

es que no puede imaginarse absurdo mayor. Su unidad es incomparable; basta el exámen de los textos, para que se disipen todas las dudas y se desvanezcan todos los errores..... Quiero corregir cuanto haya podido escribir contra la verdad en todos sentidos. Todos los días y todas las noches le pido á Dios que me conceda el tiempo necesario para llevar á término esa empresa; trabajando en ella paréceme que trabajo para Dios. Sí, á veces al sentirme abatido por el cansancio, me animo; y cobro nuevas fuerzas cuando sintiendome acosado por el insomnio digo: Soy un obrero de Dios [1].

¿Debe tenerse en más estima la autoridad teológica de los literatos?

Otro miembro de la academia francesa, M. Droz, ha tenido la franqueza de manifestarnos la razón de haber abandonado momentáneamente la fé cristiana, y por qué razón volvió á ella: sus «*Confesiones de un filósofo*» son la historia íntima de muchos otros.

«Sin haber prestado jamás la atención debida á las enseñanzas religiosas, dice, estaba muy lójos de haber dado á mi creencia las bases sólidas

[1] Carta al Arzobispo de París, para el P. Grétry, Correspondant del 26 de Junio de 1835

das que habria exigido el tiempo en que vivimos. La filosofía del siglo décimo octavo estaba en boga. Los deistas, para ejercer influencias, no necesitan ni un saber profundo, ni una dialéctica irresistible; la irreligion era en lo que más privaba, y habíase dicho que la incredulidad y la indiferencia llenaban el aire que respirábamos. En tanto que me ocupaba en literatura, y descendía prudentemente de la poesía á la prosa, oía frecuentemente numerosas voces repetir con firmeza y seguridad; *La causa del cristianismo queda juzgada, y lo que más, perdida para siempre.* Por mi parte estaba persuadido de que debía partirse de esta opinion, como de un hecho cierto, cuando se hablaba de religion con los hombres esclarecidos por los conocimientos de su siglo. Así es como procedía la juventud de entonces? (1).

¿Obra con más prudencia para decidirse de nuestro tiempo? En las filas de la incredulidad no viven áun muchos ancianos que son verdaderamente jóvenes. . . dada la falta de base de sus juicios?

Pero hay además de los dichos una clase de

(1) Confesiones de un filósofo cristiano, por José Dreu.

espíritus eminentes que no deben contarse ni entre los historiadores, ni entre los filósofos, ni entre los literatos, por lo mismo que no cultivan exclusivamente la historia, ni la filosofía, ni la literatura, pero que, al par, son todo esto. ¿Qué grado de competencia debe reconocerse en la materia á tales publicistas, cuando no son favorables á la religion? Limitémonos á un solo ejemplo, que por lo mismo que es de bulto, nos dispensará de alegar otros.

Entre todos los escritores poco simpáticos á la verdad,—no queremos decir que le sean hostiles,—uno de los más notables por la gravedad, por el respeto de sí mismo y de sus adversarios, por el conocimiento y por el amor con que trata las cuestiones religiosas, es M. Carlos Remusat. Desgraciadamente, este escritor que se distingue por sus afirmaciones sobre varios puntos, y que procede con el dogmatismo peculiar á la escuela doctrinaria, vacila cuando ménos en todos los artículos de fé que se apartan del programa de la filosofía espiritualista. ¿De qué procede esto? Si no temiéramos que se tachara de inoportuna digresion, diríamos que áun buscando lealmente la verdad, los espíritus delicados no tanto han menester acaso determinar su contorno, como poner de relieve las medias tintas, y que



por amor á la originalidad inclinanse á la paradoja: y hasta nos permitiríamos añadir que, sea hijo del hábito ó resultado del instinto, la inteligencia de M. Remusat pertenece á la oposicion, calidad que justamente honrada en política, cuando es señal de desinterés, favorece poquísimo al descubrimiento de la verdad religiosa, porque debilita siempre el derecho de la autoridad, en provecho de la libertad de los disidentes. Mas volvamos al asunto. Pues bien, ese pensador, no ménos espiritual que espiritualista, que tiene escritas páginas dignas de los mejores maestros sobre *Teología natural*; ese talento singular en el cual ha fundido Dios algo de la nebulosidad germánica, con mucho de la brillantez característica del espíritu francés, incurre en frecuentes inexactitudes cuando trata de cosas pertenecientes á la fé. Lo que especialmente le distingue es la manera como entiende las medias tintas, y sin embargo, cuando en teología se ocupa, las medias tintas le escapan: tenemos de ello una prueba en las siguientes líneas tomadas de uno de sus artículos:

«La Iglesia, dice, está divinamente inspirada, y aún cuando cuesta decir, síguese de aquí que estando la Iglesia presente y viviente, su autoridad es mayor que la de la misma Escritura: la

primera garantiza á la segunda. Esta consecuencia fatal, no es en manera alguna negada por los apologistas contemporáneos. En cuanto dá la cuestion relativa á saber dónde descansa de hecho la autoridad de la Iglesia, es decir, si en la Iglesia entera, en el concilio, en el soberano Pontífice, es decir, el sufragio universal, el sistema representativo, ó el gobierno absoluto, es cosa discutible. El catolicismo descansa sobre este problema (1).»

Difícilmente puede amontonarse más errores en ménos palabras. Para convencernos de ello, fijémos en el modo como destruye los argumentos de M. Remusat un verdadero teólogo y veamos lo que queda de esas contadas líneas en las cuales, el mayor número de lectores, no habrán visto más, probablemente, que la ortodoxia un tanto desvanecida del hombre de mundo (2).

Desde luego debemos consignar que no puede decirse que la Iglesia esté *divinamente inspirada*. Los auxilios que incesantemente le pres-

(1) *Revue des Deux Mondes*, t. 9 de Enero de 1861.

(2) Para el fondo de esta cuestion, véase la revista titulada *Estudios religiosos*, Enero 1862, p. 165 y siguientes.

ta el Espíritu Santo, para preservarla de caer en error, llamábase asistencia. Solo las Escrituras son fruto de la inspiración. En la Iglesia la infalibilidad resulta de la asistencia. Por esto la Iglesia no ha escrito uno solo de los libros sagrados puesto que no está inspirada; pero, en cambio, interpreta todo los libros inspirados, porque precisamente para esto cuenta con la asistencia del Espíritu Santo. Son las que acabamos de esponeer distinciones capitales en teología, de las cuales apenas se ocupan los maestros en el arte de bien decir. Así se explica el *quid pro quo*, origen y fundamento de esta objeción.

En segundo lugar, es muy inexacto decir que la autoridad de la iglesia es *mayor* que la de la Escritura. El tribunal que guarda, interpreta y aplica la ley, hállase en este mero hecho sometido á la ley. Pues bien, tal es en el fondo el papel que desempeña la Iglesia en lo concerniente á las Sagradas Escrituras. Encargada por Jesucristo de enseñarnos, nos certifica que los Libros santos son canónicos, nos garantiza los textos ó las versiones auténticas, y por último, interpreta el sentido y todo esto, con tanta mayor autoridad que, en cuanto que para este trabajo cuenta con el auxilio de la tradición divina de que es depositaria. Téngase en cuenta, sin em-

bargo, que el arca santa que conservaba las tablas de la ley, no era más venerable que las tablas en que la ley estaba escrita.

Esto sentado; no sabemos ver lo que haya de fatal en las consecuencias que deduce M. de Remusat. Aun admitiendo que la *Iglesia garantiza la Escritura*, no puede decirse que su autoridad sea superior á la de la Escritura. La Iglesia se prueba, desde luego, como un hecho histórico y divino, una vez establecida sobre esta base natural, conviértese lógicamente en órgano de las verdades sobrenaturales, certificándonos el milagro de su historia la infalibilidad de sus decisiones. Nada hay en esto que no esté conforme con las leyes de la razón. Por consiguiente, cuando M. de Remusat nos acusa de hacer á la Iglesia superior á la Escritura, dá lugar á presumir que, respecto del particular, ha tenido más en cuenta las autoridades protestantes que las católicas y cuando nos echa en cara una flagrante petición de principio, como si probáramos alternativamente, la Iglesia por la Escritura, y la Escritura por la Iglesia, renueva, sin darse cuenta de ello, una antigualla y una falsedad indignas de su imparcialidad y de su saber.

M. de Remusat, ha insistido, no recordamos

precisamente dónde, en los inconvenientes del exámen individual de los protestantes. ¿No basta esta sola consideracion para indicar que, al par que la Escritura, ha debido Jesucristo establecer una autoridad docente que interpretara los textos y juzgara las controversias? Eato y no otra cosa es lo que admiten los apologistas ortodoxos contemporáneos sin la menor duda ni vacilacion, no teniendo para qué decir que no hay uno solo que coloque pura y simplemente la Iglesia por encima de la Escritura.

No se discute en manera alguna respecto de la cuestion relativa al fundamento en que descansa de hecho la autoridad de la Iglesia; pues es artículo de fé para todos los católicos, que dicha autoridad reside en el cuerpo de los pastores unido á su jefe el Soberano Pontífice. De esta proposicion resulta:

Que solo á los ojos de los herejes reside la autoridad en la *Iglesia entera*, comprendiendo en ella el clero inferior ó los laicos.

Que todo concilio ecuménico, verdaderamente ecuménico, se halla revestido de una autoridad infalible.

Que el romano Pontífice ha recibido pleno poder de apacentar, regir y gobernar la Iglesia

universal y que toda definicion dogmática que de él emane, es y debe ser irreformable.

Por consiguiente, las palabras, *suffragio universal* carecen de sentido cuando se trata de la Iglesia, puesto que el pueblo no tiene parte alguna en la autoridad.

Por consiguiente la calificacion de *sistema representativo* solo de un modo inexacto se aplica al concilio general.

Por consiguiente, la autoridad del Soberano Pontífice nada tiene que le haga semejar al principio *absolutista*, segun opinion de los mismos teólogos que mayor extension conceden á esta autoridad.

En resolucion, el catolicismo no tiene por fundamento un problema, ya que nada hay mejor definido que tales bases.

Y toda vez que M. de Remusat cita dos veces al padre Perrone, ¿por qué no lo ha leído con más atencion? De haberlo hecho, habria encontrado en esta meditacion la respuesta á las proposiciones que sienta, y la verdadera fórmula de las verdades que rechaza.

Nos hemos fijado en M. de Remusat con preferencia á otros publicistas de la misma familia intelectual, porque lo juzgamos uno de nuestros adversarios más justamente acreditados. Si en

lugar de sus párrafos, hubiésemos sometido á la piedra de toque sus obras completas, habríamos podido corroborar con más fuerza aún la verdad que nos ocupa. En realidad M. de Remusat juzga al catolicismo con espíritu sereno, y no obstante no debemos ocultar que se halla respecto de él contaminado de parcialidad, puesto que de las creencias que rechaza, exige más pruebas y mayor claridad que de ciertas opiniones filosóficas y políticas á las cuales está firmemente adherido. Debe tenerse también en cuenta, que si M. de Remusat está más bien enterado de la cuestión religiosa que un académico cualquiera, en cambio le falta haber estudiado la teología en las buenas fuentes, mejor que en los libros de la parte adversa, especialmente en los del protestantismo, hácia el cual se siente inclinado en virtud de ciertas amistades intelectuales, y de sus tendencias liberales aplicadas al orden religioso. M. Royer-Collard lo definió en otro tiempo llamándole el primero de los aficionados á todas las cosas, pero este juicio que pudo ser exacto, al presente ha dejado de serlo, puesto que hace ya mucho tiempo que M. de Remusat, como escritor de filosofía, ha sobrepujado el nivel de los simples aficionados, hallándose muy cerca del de los grandes maestros. ¡Con-

viéncle sin embargo la definición de Royer-Collard, considerándolo como teólogo? Preferimos plantear la cuestión á resolverla. Por lo demás, existen espíritus de quienes uno se separa para dejar consignado, que el camino que recorren, por más que se aproxime mucho á la verdad, no es el que derechamente conduce á ella; mas al verificarse semejante separación no hay ruptura, porque se está persuadido de su elevación de sentimientos, y porque se espera tanto de su sinceridad, que en el momento de separarse de ellos, no se tiene el valor suficiente para darles un perpétuo adiós.

Conclusion general, sin aplicación personal alguna. Existen muchas equivocaciones entre la fé y las inteligencias á veces más elevadas; y de seguro serían ménos las sábios incrédulos, si tuvieran presente que es menester ser tan sabio en lo que se niega como en todo lo demás, para poder negar con la autoridad de su ciencia. Si así fuese, de seguro harían la misma justicia á su ciencia que á su religion, porque esta ciencia que no tiene límites en sus pretensiones, los tiene, y por cierto bien marcados, en lo que á su extensión se refiere. Hoy como en tiempo Ciceron, nos encontramos oprimidos por las opi-

niones, no solo del vulgo, sino tambien de los hombres de instruccion superficial. *Oppressi sumus opinionibus non modo vulgi; verum etiam hominum leviter erudientium* (1).

(1) De oratione, I. III, o. 6.

### CAPITULO III.

#### DE LA INCRECULIDAD DE LOS FALSOS ESPIRITUS.

Acontece algunas veces que espíritus que se tienen por eminentes, no pasan de ser espíritus falsos. Vienen á ser como brújulas bien construidas, cuyas agnjas no señalan jamás el norte en virtud de la influencia sobre las mismas ejercida por algun cuerpo extraño que se encuentra cerca de ellas (1).

[1] Jonbert.